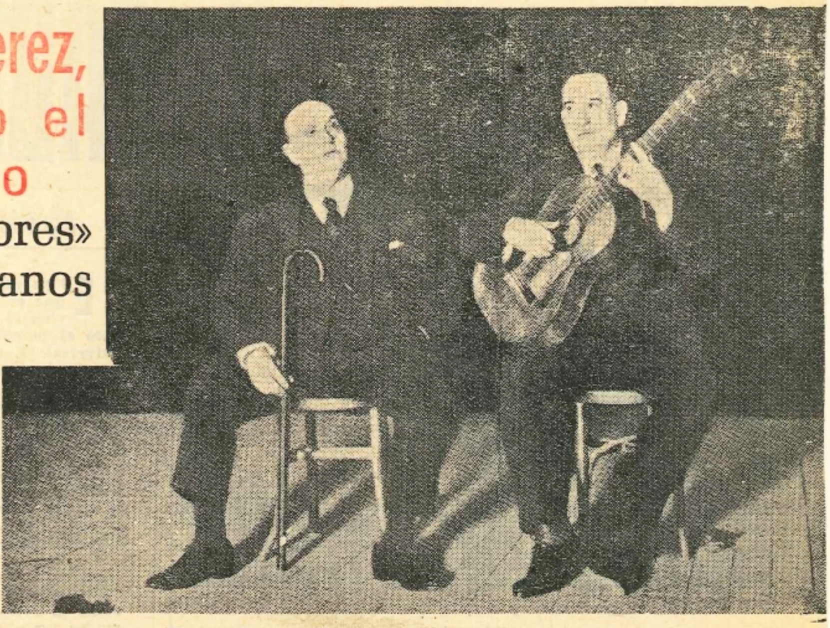
ESPAÑA — Tanger, 12-9-57

El cante flamenco de Jerez, considerado como el mejor del mundo

Los más grandes «cantaores» han sido también jerezanos

Por Juan de la Plata



El gran Antonio Chacón con el famoso guitarrista Montoya

JEREZ de la Frontera, coincidiendo con su famosa Fiesta de la Vendimia, ha organizado un gran concurso literario para premiar el mejor estudio sobre el flamenco en dicha ciudad, acreditada desde tiempo inmemorial como cuna célebre de los más grandes artistas del cante flamenco.

Una idea feliz, que viene a desenterrar viejos triunfos y glorias de todos aquellos "cantaores" que supieron conquistar para Jerez el prestigio popular de primera cátedra de flamenco del mundo.

Porque Jerez ha sido y es, por gracia especial de la Naturaleza, la madre señera de los más geniales "cantaores" y de la más prodigiosa manera de cantar. Es este un duende milagroso que habita en cada pecho jerezano a la hora del cante, como habita también en las entrañas de los panzudos toneles, que guardan soleras milenarias en las gigantescas bodegas.

Hace bien Jerez en venir a recordar ahora aquel tiempo brillante en que era la capital y centro de lo "jondo". Y en revalorizar de camino lo que ya se estaba perdiendo, pero que, afortunadamente, en la ciudad gaditana aún se sigue conservando como una reliquia valiosísima.

¡Cante de Jerez! ¡Cante recio y difícil, propio de hombres que llevan vino en la misma masa de la sangre!

¡Copla flamenca que cantaron don Antonio Chacón, el de las malagueñas y los caracoles inmejorables, el Niño de Jerez, El Gloria, La Pompi, Juan Jambre, Rita la Cantaora...: Copla de Jerez que como paloma mensajera de la emoción llevó los escalofríos del Arte "jondo" a todos los corazones.

Jerez de la Frontera tiene a gala haber sido y seguir siendo el crisol poderoso donde se funden todos los cantes grandes. Porque —me lo ha dicho un veterano maestro flamenco—, un "quejío" por seguiriya de un jerezano vale por todos los "quejíos" de la tierra. El ser "cantaor" de Jerez ya implica maestría para el oficio. Esa maestría es algo innato de estas gentes del sur, que llevan por sus venas sangre fenicia, árabe y romana, aparte de otros injertos fecundizadores. En este rincón del mundo, más africano que europeo, saber cantar es un don que da categoría, y es algo que se estima mucho más que cualquier otro título. A los "cantaores", como a los toreros, se les admira, se les idolatra, se les adora más que a otros artistas. Un literato, pongo por caso, no suele ser tan conocido entre la masa como es un "cantaor" o un torero. En Andalucía se conoce más al Litri que a Juan Ramón Jiménez, con ser los dos andaluces y de Huelva. Y un andaluz sobrá siempre que don Antonio Chacón fué el "cantaor" más grandioso de todos los tiempos. En cambio no tendrá ni idea de quien fué Rabindranath Tagore o Racine, pongo por literatos universales. Esto no quiere decir, claro está, que el andaluz sea inculto, o que no lea; al contrario, quizás sea en Andalucia donde existe más preocupación por la literatura y la poesía. Hablo de la dimensión humana que suele tener en la gente popular el hombre que escala un puesto entre las eminencias del Arte. En la admiración del andaluz sencillo suele tener más cabida un flamenco —"cantaor" y torero lo son— que un destacado artista internacional de la Pintura, la Escultura, la Música o las Letras. Ser artista flamenco tiene mucha más importancia.

Pero la cuestión es otra. Estábamos refiriéndonos al cante de Jerez y a aquellos que lo cantaron. Cantes propios de Jerez son la seguiriya, la saeta por seguiriya, las bulerías y las chuflas. Cuatro cantes maravillosos, pero cada uno con un color y un sonido distintos. La seguiriya es la tristeza misma que se hace cantar; es la copla del dolor y del sufrimiento; de las "duquelas" negras de muerte del gitano; de las penas y amarguras del "payo". Es...: un canto largo y penetrante que hace llorar al más hombre, produciéndole un frío espantoso y terrible. Un cante que hay que escucharlo con un religioso recogimiento, para que su mensaje misterioso nos pueda llegar al alma.

La saeta por seguiriyas es ese mismo dardo, convertido en oración, que el jerezano emplea para lanzarlo en Semana Santa hasta el "paso" donde llevan crucificado al Hijo del Hombre. Canta la amargura inmensa que producen las escenas de la Pasión, y maldice a los que llevan camino de la muerte al Redentor del Mundo.

Las bulerías y las chuflas son los dos cantes menos tristes que cantan los jerezanos. Son coplas cortitas —tres versos, nada más— que suelen entonarse en las fiestas de barrio, al son de palmas atronadoras y al compás de los gritos jaleadores de los reunidos. Alguien ha llamado a estos cantes "gozosa fiesta del alma jerezana". Son cantes para el baile, para la juerga de las "boas" y los bautizos. Y sirven como prólogo, principio o base del cante grande, que llega más tarde, cuando los rostros se tornan serios y la filosofía de las coplas nos rondan el cerebro. Entonces es cuando, inesperadamente, nace el quejido trágico, agudo y cortante como un cuchillo albaceteño, de la seguiriya de Jerez, que rompe el aire tibio de la madrugada con su afilado perfil.